

MIQUEL DEL BARCO

(VIAJE DE UN JESUITA EXTREMEÑO DE CALIFORNIA A BOLONIA TRAS LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS)

EUSTAQUIO SÁNCHEZ SALOR (traducción)

Universidad de Extremadura

Hay un relato de un jesuita alemán, Benno Du Crue, en el que se cuenta la salida de los jesuitas de la provincia de California tras la expulsión de los mismos de los reinos de España. Entre los jesuitas expulsados se encontraba un extremeño, Miguel del Barco.

Miguel del Barco¹ había nacido el 7 de Noviembre de 1706 en Casas de Millán (Cáceres). Estudió humanidades y leyes en la Universidad de Salamanca y entró de muy joven en el noviciado de la Compañía de Jesús. Dentro ya de ella enseña Gramática en el Colegio de Monterrey y Filosofía en Santiago de Compostela.

De vuelta en Salamanca comienza Teología. Sin acabarla, marcha hacia Nueva España desde Cádiz en 1735. La fragata en la que viaja naufraga cerca de Veracruz (México), aunque el grupo de jesuitas que formaban parte de aquella expedición, llegó felizmente a San Juan de Ulúa. En el Colegio Máximo de México completó sus estudios de Teología (1734-1736), mientras asistía a los afectados por la epidemia de matlazáhualt (fiebre tifoidea).

¹ *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús*, Madrid, 2001, s.v. "Barco", p. 345. . M. León-Portilla, "La aportación de Miguel del Barco (1706-1790) a la historia de la Baja California", *Compañía en México*, 241-251. F. Teixidó "Una naturalista del s. XVIII: el jesuita Miguel del Barco", *Revista de Estudios Extremeño*, 49,1993, pp. 662-676.

Probablemente hacia 1737, pocos meses después de su ordenación, trabajó en Puebla de los Ángeles, y hacia finales de 1738 o comienzos de 1739, se dirigió a California e inició su trabajo de misionero en San Javier.

Luego trabajó en el Sur, seguramente en las misiones de San José del Cabo, Santiago, La Paz y Todos los Santos. Hacia 1741, vuelve a San Javier donde pasó el resto de su vida misionera. Aunque recorrió frecuentemente la península y dos veces fue visitador y superior de las misiones de Baja California (1751-1761, San Javier fue siempre su centro de operaciones.

Hacia 1744, por orden del provincial Cristóbal Escobar y Llamas, escribió un importante informe de la misión, que luego sirvió de base a Miguel Venegas y a Andrés Burriel para su conocida *Noticia de California* (1757).

Su labor en la misión no fue sólo pastoral. Destacó también como constructor de sólidos y hermosos templos; fabricó bordes y canales para aprovechar al máximo la escasa agua de la región y cultivar las tierras. Escribió varios informes de extraordinario valor sobre la península de California, fundamentales para el estudio de la Baja California.

Expulsado de México, con los demás jesuitas, el 4 de Febrero de 1768, llegó a Bolonia al año siguiente, donde dedicó sus últimos veintiún años a corregir y anotar la citada *Historia de la Baja California de Venegas-Burriel*. Aunque acabó su trabajo en 1789, no se publicó hasta que Miguel León Portilla lo hizo (1793) en México, con el título de *Historia Natural y Crónica de la antigua California*. Concebidas por Miguel del Barco como correcciones y adiciones, sus páginas constituyen, en realidad, una contribución esencial a la antropología, geografía e historia de California.

Pero no voy a tratar aquí de su labor pastoral y científica en relación con la Baja California. De ello se ha escrito, poco o mucho, por parte de otros. Voy a recoger los sentimientos y peripecias que, tras ser expulsados los jesuitas de los reinos de España, tuvieron que pasar Miguel del Barco y sus compañeros de California, desde la salida de la península americana hasta su llegada al destierro. Es el caso de Miguel del Barco y otros jesuitas españoles, a Bolonia.

Y para ello, nada mejor que el relato contado por un compañero de Miguel del Barco. Se cuenta en él el viaje, desde California, a Europa de los padres jesuitas alemanes y españoles que habían hecho misión allí. Viajan juntos hasta Cádiz. Aquí son separados españoles y alemanes; los españoles para ser expatriados a Bolonia, donde moriría Miguel del Barco. Los alemanes, para ser enviados a Ostende.

Ofrecemos aquí, traducido al español por el que firma este trabajo, ese relato, que fue escrito en latín por el padre alemán Francisco Du Crue.

RELATO DE LA EXPULSIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE LA PROVINCIA
DE MÉXICO Y ESPECIALMENTE DE CALIFORNIA EN EL AÑO 1767 CON
OTRAS NOTICIAS DIGNAS DE SER CONOCIDAS

ESCRITO POR

EL PADRE BENON FRANCISCO DU CRUE,
MISIONERO DE ESTA PROVINCIA DURANTE VEINTE AÑOS

CAPITULO I

Expulsión de la Compañía de Jesús de los Colegios de la provincia de México

Corría el año de nuestra salvación de 1767, cuando toda la Compañía de Jesús fue expulsada por decreto real no sólo de la España Europea, sino de todos los reinos y provincias de una y otra América. Un hecho de esta envergadura fue llevado con mucho silencio largo tiempo hasta el momento mismo en que llegó el día fijado para la ejecución del decreto. Ese día fue precisamente el día consagrado al santísimo corazón de Jesús e incluso un día que debe ser grabado en nuestros corazones con letras de oro, ya que ese mismo –coincidió, en efecto, que era viernes– fue el día en que nuestro señor y maestro Jesús se digno sufrir pasión y también el día en que su Compañía empezó a sufrir la suya.

Para llevar a cabo la expulsión, muy de mañana, y en todas las ciudades donde la Compañía tenía colegios, fueron ocupadas por numerosos soldados todas las calles (*colles* se lee en el texto) y sobre todo las que llevaban a los colegios; ni los propios soldados, no acostumbrados a estos preparativos, podían adivinar lo que iba a pasar. A las cuatro de la madrugada, cuando se dio la señal para levantarse, los prefectos de la ciudad tocaron la campana del Colegio y, abierta la puerta, entraron con las armas; entonces todos los padres fueron convocados a la sala capitular o triclinio. Creían estar soñando y no sabían qué iba a ocurrir con ellos: por un lado, todos tenían miedo; algunos incluso esperaban ya una muerte inminente; otros quedaron totalmente mareados; uno incluso –bien es cierto que no estaba bien de la cabeza– aterrorizado por lo insólito del caso parece que se tiró por una ventana, con lo que terminó su vida antes de contemplar el suceso.

Presentes ya en la sala o triclinio los padres y los hermanos, suspendidos en un profundo silencio, se da lectura al Decreto real en el que se recogía

la inesperada sentencia de destierro perpetuo; los motivos, sin embargo, de tan cruel sentencia se los reservaba su Majestad Católica en su regio pecho. Hecha la lectura, a ningún padre se le permitió volver a su alcoba, sino que todos debieron esperar en aquella sala, hasta que, preparadas todas las cosas, llegara la hora fijada para la salida. En otros muchos lugares y en ese mismo día fueron obligados los jesuitas a tomar el camino del destierro, camino que tomaban totalmente desprovistos de todo a excepción del Breviario. Eran llevados en buen número en carros o en caballos, y, en todo caso, vigilados por una turma inusual de soldados o incluso de aparatos.

Fácilmente puede imaginar cualquiera y yo puedo explicar cuál fue la concurrencia de gentes ante tan inesperado y lúgubre espectáculo, cuáles fueron los lamentos de parientes y allegados, cuáles las lágrimas de los corazones piadosos: aunque los soldados impedían a la gente acercarse a los carros, todos los que estaban presentes saludaban por última vez a los padres entre lamentables voces. Muchos incluso les tiraron al carro, para que sirviera de viático, sacos llenos de oro y de plata, para demostrar así, de la única forma que les estaba permitido, su tierno afecto hacia los padres.

En estos mismos días en que sucedía esto en nuestra provincia, fueron enviados delegados a otras provincias de misiones, los cuales llevaron a cabo esto mismo con los padres misioneros.

CAPÍTULO II

Viaje y llegada del señor Gobernador a California

1767, día 17 de Octubre.

Para llevar a cabo la expulsión en California fue nombrado nuevo Gobernador el señor Gaspar Pórtola con cincuenta soldados. Éste había embarcado en el Puerto de San Blas, y, azotado una y otra vez por tempestuosos mares, tras finalmente cuarenta y cuatro días, desembarcó con mar y en puerto tranquilo, el puerto concretamente que se llama San José, el día mismo de San Andrés Apóstol. En mi opinión ello ocurrió no sin la intervención de la singular providencia divina: concretamente, para que recordando ellos su cruz y nosotros la nuestra, la que él nos traía, la abrazáramos contentos.

Al ser advertido de la llegada del gobernador, el padre Ignacio Tirsch, de Bohemia, el cual cultivaba una viña del señor (una misión) cerca del citado puerto y dedicada a Santiago apóstol, se dirigió sin demora al puerto, donde recibió

muy amablemente al gobernador y a su séquito y le llevó a su misión, que distaba de allí doce horas. Había llegado este señor gobernador no sin cierto miedo: y es que había oído ya antes que los californios tenían diez mil escopeteros con gran abundancia de pólvora, con los cuales estaban dispuestos a defender su provincia frente a cualquier invasor; y no pudo ocultar su temor, hasta el punto de que el padre jesuita se dio cuenta de ello desde el primer momento.

Pero, cuando advirtió que todo era falso y comprobó que no tenía nada que temer ni de los padres jesuitas ni de los indios, dejando a un lado el miedo, confesó entre lágrimas al padre la causa de su venida a allí. Oyó el buen padre las fatales nuevas con el ánimo que era propio de un religioso, y al momento dio cuenta del asunto a los compañeros y al superior de la orden. Entre tanto el gobernador prosigue por tierra su camino de ciento cincuenta leguas españolas hasta que llega a Loreto, que era la primera misión de California y que tenía una guarnición militar. Allí mismo, recibido con todos los honores por el Rector eligió nuestra casa como alojamiento.

Al día siguiente de la llegada envió al padre Visitador que estaba en la Misión de Santa María de Guadalupe (el cual estaba al frente de toda aquella provincia) una carta llena de delicadeza invitándole a que fuera a Loreto, ya que él, según decía en la carta, estaba cansado del largo viaje y no podía andar más. El padre Visitador recibió la carta del señor Gobernador la víspera de Santo Tomás, y luego, dejando arreglados, en la medida en que el tiempo se lo permitió, los asuntos de la Misión, y tras escribir a los demás Padres de la Compañía, se dirigió al día siguiente a Loreto. ¿Quién puede narrar con qué dolor de sí mismo y de sus pobres lo hizo? Yo estoy seguro de que una madre, por la muerte de su hijo primogénito, no se duele más de lo se dolió y lloró este Padre, cuando se vio obligado a apartarse de sus queridos hijos, a muchos de los cuales había engendrado para Cristo durante quince años; y es que ya no volvería a ver más sus rostros.

CAPÍTULO III

El padre se despide de los indios; llanto de uno y otros

Apenas hacía diez días que el Padre había vuelto de visitar la provincia, como era su costumbre, cuando he aquí que de nuevo tiene que alejarse o, es más, que desterrarse: tenía que dejar a los pobres ovejas sin pastor, sin solaz, sin la esperanza de volver ya jamás a su lado; es más, con la sospecha cierta de que sucedería que, dispersados los pastores, se dispersarían también las ovejas, cosa que, ¡ay dolor!, supimos que ya había sucedido en muchas misiones.

Pero es que ¿a quién no le va a doler ver cómo se viene abajo en un momento el trabajo de sus predecesores, trabajo de setenta años? Estos eran, en efecto, los años que tenía la misión de California desde su fundación. ¿Quién no iba a llorar por tantas almas que, estando todavía en las tinieblas del paganismo y habiendo pedido ya el bautismo, volverían a la vieja selva? Y ¡Ojala que no arrastraran de nuevo consigo a otros muchos a los que la predicación del Evangelio había traído ya al redil de Cristo! Nadie está más seguro de esto que el que por experiencia conoce lo voluble que es el espíritu de los indios.

Pues bien, amaneció el día fatal; ya estaba presente todo el pueblo reunido en derredor; ya por todas partes dominaba un profundo silencio; ya, en fin, de todas partes venían todos al templo para asistir a la última liturgia. Terminada ésta y tomado un pequeño tentempié, se ciñó para el camino y se acercó a la puerta de la casa para saludar a las desoladas ovejas.

De pronto, lo pobres indios, llevados por el ímpetu de su sincero amor hacia su padre, se lanzaron todos y empezaron a besar sus manos entre llantos exagerados. Y era tanta y tan suave la violencia de los pobres que se lanzaba sobre el padre, que, casi empujado por ello, se veía obligado a retroceder una y otra vez sofocado en un copioso torrente de lágrimas. ¡Tanto poder tiene, incluso entre los bárbaros, el recuerdo de los beneficios recibidos y la conciencia de que ya nunca más van a disfrutar de ellos! De ahí los muchos llantos y gritos. Recordaban, en efecto, aquellos pobrecillos que con ellos cumplíamos la función de verdadero padre, cuando recibían de nosotros no sólo el pan de la vida eterna, sino también el alimento corporal y el vestido.

En efecto, los californios, antes de la llegada de los padres jesuitas, se alimentaban sólo de la caza de ciervos y de liebres, o de la captura de peces, o de los frutos silvestres; es más, todavía ahora cuentan entre sus delicias a los ratones y topos y otros animales parecidos; también apelonan solícitos y comen asadas en el fuego, como comida sabrosísima, las lombrices que nacen en época de lluvia y las langostas. Es, en efecto, California, por su naturaleza, tierra de productos silvestres, totalmente estéril si exceptuamos esos pocos productos silvestres; tierra donde nunca han conocido ni probado la oveja, ni la vaca, ni el asno, ni el caballo, ni el trigo; tampoco hacen uso de ningún vestido; además, en la mayoría de las misiones era imposible encontrar tierra idónea para la labor agrícola y agua suficiente.

Pero todo ello fue superado por la constancia y el continuo trabajo de los padres jesuitas; con ese trabajo consiguieron al fin que los indios, antes amantes del ocio, se entregaran al cultivo de algunos frutos de la tierra, con los que poder sustentarse; la constante preocupación de los padres jesuitas por todas estas cosas debió proveer y proveyó a muchos de lo necesario para

la comida y el vestido. Por lo cual a nadie debe extrañar que aquellos pobres indios sintieran tan amargamente nuestra marcha y lloraran con lágrimas tantas que incluso podrían ablandar a las rocas.

No hablo del inexplicable dolor que martirizaba los corazones de los padres jesuitas que amaban tiernamente a aquellos indios, dolor que les martirizaba cuando recordaban todos los trabajos pasados y pensaban que a partir de entonces deberían dejar sin pastor a aquellos pobres ovejillas suyas. Y es que los padres franciscanos de la Observancia, los cuales deberían sucedernos, todavía no habían llegado, de manera que toda aquella provincia, de una extensión casi de cuatrocientas leguas, quedaba sin sacerdote.

Y, aunque el señor Gobernador había traído consigo un clérigo, éste, por su edad avanzada y por su desconocimiento de la lengua, e incluso por la inmensa distancia entre las misiones, en absoluto hubiera podido ayudar a aquellos desgraciados. De ahí aquellos lamentos, de ahí en fin aquel profundo dolor, que no podría explicar o creer nadie, salvo aquellos que conocían cuánto esfuerzo y sudor había en aquellas almas y, por tanto, podían medir el irreparable daño que se les hacía.

“Pero ¡fuera ya las lágrimas, fuera ya los lamentos! Apremian los mandatos del rey; hay que marcharse; ya no queda otro consuelo que nuestra inocencia y, por encima de todo, los inescrutables juicios de Dios. Adiós, pues, pobrecitas ovejas! Adiós, queridísimos hijos en Cristo! Es designio supremo de Dios. No dudéis de su misericordia; no temáis; sobre nosotros, en efecto, y sobre vosotros ha caído esta tempestad; pero tenéis un padre, el celestial, que mirará por vosotros, hijos elegidos de Abrahán. Vendrá a vosotros pronto un pastor y un maestro que os llevará, por los mismos caminos de verdades eternas que os hemos mostrado nosotros, a la patria celestial. Conservad la fe que recibisteis; servid al Dios que habéis conocido; y esperad, en su misericordia infinita, que nos volveremos a unir en la Patria. Adiós; Adiós para siempre”.

Estas palabras dijo el Padre con voz quebrada (el dolor no le permitió más) y, subiendo al caballo, entre los abiertos gritos de los pobres indios y en medio de una copiosa lluvia de lágrimas, se marchó. Había elegido ciertamente unos pocos indios para que le acompañaran en el viaje, pero no pudo impedir que otros muchos le siguieran a lo largo de muchas leguas; pero aquellos a los que había elegido como compañeros se quedaron con él durante cinco semanas en Loreto y no aceptaron separarse del padre antes del día fijado para embarcar; finalmente, tras repetidos tiernos abrazos en medio de abundantes lágrimas, volvieron de nuevo a su casa.

No menor dolor mostraron los indios de otras Misiones en la marcha de sus queridos padres: sin duda todos, si se les hubiera permitido, habrían acompañado a sus padres. Entre todos, mostraron especial cariño hacia su sacerdote, el padre Jorge Ketz, los indios de la misión de Santa Gertrudis: en efecto, dado que este padre se había casi roto el pie unos días antes y dado que a causa del dolor no podía ser llevado a caballo, le llevaron a porfía sobre sus propios hombros durante más de cuarenta leguas; y no debe extrañar que siguieran con tanto cariño a este padre jesuita extraordinario, ya que él había engendrado para Dios a casi dos mil indios. Paso por alto el inmenso trabajo de este padre, trabajo con el que dejó a aquella Misión, que antes no era sino un valle lleno de piedras y abrojos, en un estado inmejorable, y la dotó no sólo de campos cultivados y viñas, sino también de templo y de casas muy buenas.

Pero las restantes Misiones no le fueron a la zaga en esfuerzo, como el reverendo Padre Jaime Baegert, en su *Historia Californica*, cuenta fielmente; en ella refuta los falsos relatos de nuestros enemigos y la profunda ignorancia de otros, como la de aquellos que propagan que California está llena de oro, plata, piedras preciosas, y margaritas; y es que, aunque es cierto que aquí se han encontrado algunas venas de oro, éstas, sin embargo, son tan superficiales y ciertamente tan escasas, que no llenan el trabajo de un día ni son suficientes para el sustento también de un día. Las minas de plata darían ciertamente cantidad suficiente, pero como la mayoría de ellas carecen de agua, o de molinos, o de leña, o de mercurio, la ganancia que de ellas se podría sacar casi no merece la pena y en absoluto puede satisfacer las expectativas. En cuanto a piedras preciosas, ni la más pequeña se ha encontrado todavía hasta ahora. Y de margaritas no hay tanta abundancia como para que los gastos que hay que hacer para recogerlas sean superados por las ganancias; en muchos casos las ganancias apenas igualan los gastos, tal como nos han contado no pocas veces los propios recolectores de margaritas.

Sobre los restantes frutos de la tierra, si el curioso lector quiere saber algo de ellos, puede leer en la citada historia del padre Baegert. Pero que sepa también que esta paupérrima tierra ha sido de tal forma inundada durante ya muchos años por langostas, que parecería increíble, es más, imposible, que tal multitud pudiera moverse y menos alimentarse entre aquellos montes y piedras.

Yo recuerdo que durante los ocho días de una Pascua de Resurrección este ejército de alados, semejante a una nube, voló en tal abundancia desde la mañana temprano hasta la tarde de una a otra parte de la Misión, que destruyó totalmente todos los árboles, viñas y campos cultivados; como

consecuencia hubo una no pequeña escasez de frutos de todo tipo. No hablo de las inundaciones que hemos soportado en las Misiones, algunas tan furiosas que destruyeron muchos años de trabajo. Pero dado que yo no me he propuesto describir esta región, vuelvo a hablar de la historia de nuestra emigración.

CAPITULO IV

*1768. El padre Visitador es recibido por el Gobernador
y es leído el Decreto real.*

Era la víspera misma de Navidad cuando el padre Visitador llegó a Loreto en el momento en que se cantaba el Martirologio según la costumbre hispana. Terminada la ceremonia se dirigió hacia el señor Gobernador, el cual le recibió y le trató también delicada y amablemente. Al día siguiente, sin hablar todavía del Decreto por respeto a la festividad, le entregó una carta escrito por el Virrey de México; en ella el Virrey informaba al Padre de la llegada del nuevo Gobernador, pidiéndole al mismo tiempo que, él y los demás padres, le recibieran y que procuraran que los indios también le aceptaran, cosa que el Visitador hizo de inmediato con creces. Pero al día siguiente, festividad de San Esteban, tras terminar los oficios sagrados, fueron convocados todos los padres jesuitas que allí estaban (estaban el padre Visitador, el padre Rector y su ayudante, y el hermano Coadjutor) y en presencia del abanderado real, del secretario y de otro mando militar, mandó el gobernador leer el Decreto Real en que se contenía la sentencia de nuestro exilio y que fuera firmado en aquel mismo momento por ellos.

Entre otras cosas se preveía en el Decreto que los padres jesuitas, una vez leído el mismo, no celebraran ya ninguna misa en público, ni dirigieran ningún otro oficio eclesiástico, sino que, recogidos en su alcoba, fueran custodiados por soldados hasta el momento de la salida; sin embargo, al señor Gobernador le pareció que en esto debía ser permisivo, ya porque todavía no habían llegado los frailes que nos deberían sustituir, ya, sobre todo, como él mismo me había dicho a mí muchas veces, por temor a que se levantara un tumulto entre el pueblo. Sólo hizo esto: tener él mismo todas las llaves y controlar también él mismo la guardia que hasta ese día estaba bajo nuestra dirección. Además exigió del padre procurador las cuentas de su cargo y recibió de él los innumerables tesoros que, según andaban diciendo nuestros enemigos, teníamos escondidos en California.

En total eran, en oro y plata, alrededor de siete mil táleros españoles, los cuales estaban destinados en parte a la defensa militar y en parte a los gastos de las Misiones. El resto del dinero que pertenecía a la guarnición y que desde el sínodo que llaman anual se reunía todos los años para pagar a los soldados – pues no había dinero en metálico a mano – ascendía a sesenta mil de los que llaman táleros o pesos, que no son duros ni onzas. El tálero hispánico equivale a un ¿huiate?, y éste entendido en su mitad. Y ese dinero se había gastado en comprar tela de lino, paño, y otras mercancías y utensilios necesarios para los hombres. No está incluida en esta suma la carne o el trigo ni su precio, ya que en aquel momento apenas había de ellos en las despensas de Loreto; eso lo primero que el señor Gobernador había mandado sacar de las misiones. ¡Estos son los inmensos tesoros que habían prometido al Rey! ¡Nada menos que cuatro millones le habían prometido! Al fin se acercó al propio templo: el tesorero, llamado Epíscopo, recibió los bienes y las llaves de Iglesia.

Del resto de las misiones se enviaron dos catálogos: en uno se hacía relación de los bienes de la Iglesia, en otro de los bienes en tierras. Sin embargo, las llaves y la administración de los bienes seguían en manos de los padres jesuitas hasta que se marcharan; fueron enviados incluso a todas las misiones oficiales del rey con cartas escritas por el padre Visitador en las cuales se les informaba de la triste sentencia y se les ordenaba que entregaran todos los bienes y estuvieran en el puerto de Loreto el día uno de Febrero.

Tenía ciertamente el padre Visitador el deseo de volver al lado de sus ovejas a la misión, mientras se reparaba la nave; pero al oír que era voluntad del rey que el Superior estuviese presente mientras el padre procurador daba las cuentas de su cargo, accedió al deseo del Gobernador, sobre todo para que éste no sospechara que, con su vuelta, lo que pretendía era darse prisa para llevarse consigo los tesoros escondidos de su misión; lo cierto es que en su misión no había más que trece táleros en oro y plata, que eran los que se usaban en la ceremonia del matrimonio a modo de arras.

Por lo demás, como California no tenía nada más que los siete mil táleros citados más arriba, los cuales no todos eran de la misión e incluso no se sabía dónde estaban, y, como sin embargo todas las iglesias de las misiones estaban dotadas de ornamentos extraordinarios y de otras cosas necesarias para adornar el templo, todo lo cual no había salido de minas de oro – los nuestros tenían incluso preceptivamente prohibido buscar minas de oro -, sino de limosnas dadas a los padres o de algunos frutos de la tierra, como

la carne, la manteca, el vino, o el trigo, e incluso los caballos y mulas, vendieron todo ello a la propia guarnición y lo conseguido se aplicó parte a la Iglesia y parte a socorrer las necesidades de los pobres indios. Viendo, pues, el padre Visitador que tenía cerrada la posibilidad de consolar de nuevo a los suyos, suplicó al padre Francisco Escalante, entonces Rector, que bajara a su misión y no escatimara esfuerzo en consolar a sus ovejas abandonadas, cosa que el Rector se adelantó a hacer con tal generosidad que no quedó ningún adulto en la misión que, tras confesarse, no recibiese el pan de los ángeles.

Entre tanto, mientras en el puerto se preparaban la nave y las demás cosas necesarias para el viaje, se propagó en la Misión de San Francisco de Borja una peligrosa peste, por culpa de la cual murieron no pocos indios y muchos quedaron postrados. Escribió de esto el padre Wenceslao Linck, de Bohemia, quien había fundado con gran sudor aquella misión y había conseguido para Dios casi dos mil conversiones de paganos.

El señor gobernador, al ver la acuciante y extrema necesidad de los pobres indios, permitió que dos padres permanecieran allí hasta que cesara la enfermedad; pero, pensado mejor el asunto, pareció más seguro advertir en secreto a aquellos dos padres que prepararan para la confesión a todos los enfermos y sanos que quisieran y que les administraran este sacramento antes de su marcha, lo cual hicieron con gran consuelo de aquellos pobres.

Y es que se podía temer que, al marcharse los demás padres y quedarse sólo aquellos dos, los indios se sublevarían e impedirían totalmente la salida de los dos padres y que entonces nuestros enemigos tendrían nueva ocasión de acusarnos, como habían hecho en otros lugares, de una nueva sublevación.

Ya corría el diecinueve de Enero, cuando llegó a mediodía un mensajero anunciando que los padres franciscanos, tras ochenta y tres días de navegación, habían llegado. El Gobernador gestionaba su viaje. Quería que continuaran el viaje por mar hasta Loreto, ciudad de la que aún estaban fácilmente a ciento cuarenta leguas. De pronto, en un suceso ciertamente natural, pero en esta ocasión reseñable, aquella misma mañana las tinieblas empezaron a tapar al sol y éste casi se eclipsó totalmente. Se podría pensar en un siniestro presagio: que aquellos nuevos soles poco iban a iluminar aquellas tierras; y, en efecto, no mucho después aquellos extraordinarios padres franciscanos, en virtud de un nuevo decreto del Virrey de México, tuvieron que marcharse de California para ser sustituidos por otros, si bien de la misma orden, de otra provincia sin embargo.

CAPÍTULO V

Llegada de los padres y su salida

Llegó por fin el día fijado para embarcar, que era el tres de Febrero, y en el que todos los padres, que eran quince, junto con un hermano coadjutor, deberían emprender el viaje. Antes de subir al barco, el padre Jorge Retz celebró el sacrificio incruento de la misa; el padre Visitador dijo al pueblo que en esta ocasión casi todos se reanimaban con sólo estar reunidos en sagrada unión.

Ese tres de Febrero, la ofrenda a la dolorosa Madre la hizo el padre Lamberto Hoftel, celosísimo operario de esta provincia durante casi treinta y tres años, el cual no sólo ganó para Dios muchas almas, sino que dejó un suavísimo olor a vida religiosa y a virtudes. La homilía la pronunció el Padre Juan Diez, mexicano, varón digno de la memoria de todos por su vida impoluta y su celo por las almas. Celebrados de esta forma los ritos divinos e implorado debidamente el patrocinio de la protección divina, el resto del día, hasta que llegara la noche, fue dedicado a otros asuntos.

Había pensado, en efecto, el Gobernador que, para que no se convocara a propósito una aglomeración de gentes, embarcaran los padres por la noche; pero fue en vano. Pues antes de que los padres salieran a pie desde nuestra casa al muelle, ya éste había sido ocupado por todos los españoles e indios.

Terminada, pues, la cena, de nuevo nos dirigimos a la Iglesia donde imploramos una vez más la misericordia y la ayuda divina por nosotros y por toda California; tras ello nos dirigimos al muelle, cuando he aquí que el pueblo, entre el cual, como dije, estaban también los soldados españoles, casi, por así decir, nos arrolla rodeándonos por todas partes. Unos, en efecto, tirándose a tierra, nos besaban manos y pies; otros, genuflexos y extendiendo los brazos en forma de cruz, pedían perdón por sus pecados; otros en fin, abrazando tiernamente a los padres entre abundantes lágrimas y profundos suspiros, los despedían pidiendo para ellos feliz viaje.

Todo ello, como triste espectáculo que era, conmovió el corazón del Gobernador hasta tal punto que él mismo no pudo reprimir las lágrimas. Y es que este Ministro del rey había venido preocupado por las gravísimas acusaciones que se habían derramado contra la Compañía de Jesús; pero cuando vio que la realidad era todo lo contrario de lo que se había dicho sobre nosotros y contempló con sus propios ojos la falsedad de la calumnias, no dejó de deplorar su suerte y de condolerse con la nuestra. Por ello, dado que ya no podía cambiar la sentencia que se había pronunciado contra nosotros, hizo lo que podía hacer: dolerse al ejecutarla. Y debemos estar agradecidos a este hombre también por

esto: porque, mientras otros oficiales, con ocasión de esta expulsión y en contra incluso de las órdenes del rey, dieron rienda suelta a su antiguo odio contra la Compañía, echando de sus casas a los buenos padres no sólo con desacostumbradas voces, sino también con graves injurias e ignominias y despojándoles de todas las cosas, incluso de las particulares, este católico y respetuoso juez disminuyó nuestro dolor compartiéndolo con nosotros.

Y es que no sólo nos trató siempre, como el rey mandaba, con el debido cariño y respeto, sino que nos proveyó incluso generosamente de todas las cosas necesarias para el viaje, haciendo sólo esto: obligar a cumplir la sentencia en razón de su cargo.

Pero de nada vale la razón donde las manos están atadas por la obediencia y la autoridad. Había que partir ya, y era de justicia que los padres fueran llevados a la barcaza en los hombros de aquellos a los que poco antes los propios padres habían llevado en los suyos, como a ovejas perdidas, hasta el redil de Cristo. ¡Adiós, pues, querida California! ¡Adiós, muy amadísimos indios! No nos separamos de vosotros por voluntad nuestra, sino por orden superior; pero, aunque nos separemos en el cuerpo, os tendremos sellados en nuestros corazones, sin borraros de ellos en ningún momento, con ningún olvido, ni en la propia muerte. Dejad ya de llorar; dejad de lamentaros. Es inútil. No lloréis por nosotros; nos vamos, en efecto gozosos, puesto que hemos sido dignos de padecer esta afrenta en nombre de Jesús; os hemos ayudado cuanto hemos podido a través de la providencia divina y os hemos llevado a las sendas de la vida.

Estas y cosas similares dijeron los padres mientras subían a la barcaza y después recitamos la letanías loretanas en alta voz mientras llegábamos hacia la media noche al barco que estaba no muy lejos del puerto.

CAPITULO VI

Primer viaje en barco

Este barco, al que llaman Panos, el mismo que, asignado a las Misiones, servía para llevar todos los años las limosnas anuales, estaba construido tan solo con la madera de dos árboles; por ello era poco cómodo para acoger a dieciséis viajeros. Colocados, pues, en el suelo nuestros pobres jergones, tuvimos sólo para descansar el tiempo que quedaba hasta el amanecer. Llegado el día, el cuatro de Febrero, todo estaba preparado para levar anclas y esperábamos ansiosos

viento favorable que impulsara nuestras velas. Pero, aunque el cielo estaba sereno, este elemento o bien no aparecía o bien soplaba en sentido contrario; en efecto, en todo el día no sopló el más débil viento, de manera que el barco se vio obligado a permanecer en el mismo lugar, a la vista del puerto de Loreto.

Plugo por fin al cielo soplar de acuerdo con nuestros deseos: en efecto, al día siguiente, se levantó un viento fuerte sin duda, pero favorable al menos, de manera que, durando el mismo cuatro días, tras recorrer trescientas y más leguas, avistamos alegres el puerto llamado de Matanchel; es más, entramos en él al atardecer. En esta travesía ciertamente no ocurrió nada especial ni sufrimos, gracias al cielo, peligro alguno; todos sin embargo pagamos con nuestra cansancio el acostumbrado tributo a Neptuno.

Apenas echamos el ancla, tomada un módica cena, pensábamos recuperar las fuerzas perdidas por la vigilia de cuatro días; pero de pronto se acerca a nosotros una lancha y nos mandan que levemos de nuevo anclas y que de allí nos dirijamos al puerto de San Blas, que distaba una legua, y al mismo tiempo dos oficialillos del rey ocuparon nuestra nave en su nombre y lo hicieron con tal insolencia que poco después fueron obligados a callar por los soldados que nos acompañaban; y hubieran llegado a las manos con ellos, si no los hubiésemos sujetado.

Al día siguiente el navarca (los españoles lo llaman piloto) enviado, junto con otros, para pilotar nuestra nave, tras deponer a nuestro navarca, que era indio de California y que había servido fielmente durante muchos años a aquellas misiones, y tras quitarnos todas las cosas que el Gobernador nos había dado para el camino, a excepción de nuestras bolsas, dedicó la nave al rey, y los marineros, subiendo por mandato de él al mástil, recordaron con reverencia al propio monarca con un triple saludo de “¡Viva el rey!”.

Quizás esto lo hicieron porque nosotros éramos acusados de que nunca enseñábamos a los indios que tenían rey, sino sólo de que tenían padre; pero ¿cómo podían decir con verdad esto de nosotros, cuando aquella provincia siempre estuvo sometida a las armas católicas y el padre Procurador debía prestar todos los años juramento de fidelidad en nombre de todos nosotros? Terminada la ceremonia, dejando la nave, bajamos al puerto, donde por casa recibimos un tugurio abierto por todos lados y en el que entraban todos los vientos; y es que el clima calidísimo aquel lugar no permite otro tipo de casas.

No hablo de la plaga de moscas, de mosquitos, de víboras, de escorpiones y de otros insectos inaguantables, sobre todo los que llaman nicas, que son pequeños animalejos que, como muy pequeños que son –se pensaría que son piojos–, se meten de tal forma en la carne, que a las 24 horas han pene-

trado la piel y han procreado otros muchos innumerables, no sin grave peligro para la mano, o el pie, u otra cualquier parte del cuerpo, si no te das cuenta al momento y no extraes delicadamente todo el nido que forman; pues si se rompe o queda uno sólo de ellos, de nuevo procrean al instante; y así sucede muchas veces que las manos o los pies, donde han nidificado, poco a poco van entumeciéndose, ulceran y finalmente son corrompidos por la gangrena, hasta el punto de que es necesario amputarlos; algunos incluso pierden la propia vida.

CAPÍTULO VII

Descripción del puerto. Nueva circunstancia dolorosa para los padres por la cautividad de unos indios.

Ya recordé antes que nosotros entramos al puerto de Matanchel. Este era hasta este momento el puerto al que arribaban las naves de California; pero ahora los españoles habían empezado a construir un nuevo puerto no lejano, al que dieron el nombre de San Blas, para que en él, según nos dijeron, la nave Filipina descargara sus mercancías en el futuro, haciendo así la función que hasta ahora hacía el de Acapulco.

El lugar dedicado a este nuevo puerto no está lejos del río Santiago, concretamente donde este río desemboca en el estrecho de California; y está de Matanchel aproximadamente a una legua.

En este mismo puerto vimos dos naves (de las cuales una se llamaba San Carlos y otra Príncipe), las cuales se construyeron para hacer comercio con Sonora y con las provincias cercanas, así como con California; aunque, de California, si prescindimos de unas escasas minas de oro y de plata y de las margaritas, nada se podía esperar, y para ello basta cualquier barquichuela; es más, es mucho mejor, ya que el puerto no tiene profundidad para acoger grandes navíos. Efectivamente, aunque la nave Filipina llega todos los años a San José, se queda sin embargo en alta mar, clava allí sus anclas para estar segura contra los vientos, y desde allí envía una barca para pedir ayuda. Pero esto nada tiene que ver con lo que estoy contando. Vuelvo a hablar del puerto. Pues bien, allí encontramos muchos indios los cuales habían sido condenados a trabajar en su construcción a causa un tumulto que, juntamente con otros, habían provocado en la ciudad y alrededores de San Luis de Potosí para esconder y retener a nuestros padres jesuitas y no, como en falso se había propalado, por instigación de aquellos. Algunos de ellos, consumidos ya por

la miseria, habían muerto; otros pagaban todavía el castigo a su temeridad. Uno de los nuestros fue llamado por uno de ellos para recibir confesión de él, y estaba este pobre tan destrozado por los azotes, que no se le veían sino sangre y huesos; y encima, por ello, se le dio la cotidiana porción de azotes. Fácilmente podrá imaginar el piadoso lector y yo declarar cuál fue nuestra sensación ante este espectáculo, cuál fue el nuevo dolor; se nos movían las entrañas de compasión hacia aquellos miserables cuando decían que sufrían aquello por amor a nosotros, no porque los nuestros, como ya dije, fueran los culpables de animarlos al tumulto, sino porque su amor y cariño hacia los padres les había empujado a ello.

Estuvimos en este puerto cuatro días enteros; durante ellos dedicábamos la mañana, como siempre, a celebrar el sacrificio de la sacrosanta misa y a otros ejercicios santos propios de nuestro Instituto; por la tarde, con permiso del Comisario, paseábamos al lado del mar; antes de la cena, venerábamos a nuestra bienaventurada Madre con el santo rosario y cantando las letanías. Todo ello lo seguimos haciendo santamente en el resto del viaje terrestre en la medida en que podíamos hacerlo.

Finalmente, cuando llegaron las bestias, emprendimos nuestro viaje hasta el puerto de Vera Cruz, a unas trescientas leguas.

CAPITULO VIII

Viaje por tierra

Me extendería yo demasiado si tuviera que contar todas las circunstancias y trabajos de este viaje; por ello seleccionaré sólo unos pocos.

En primer lugar, está claro que cosas que para otros suelen aliviar y hacer fáciles las molestias del camino, como son las bestias, las monturas, las posadas, la comida y la bebida y el propio tiempo, para nosotros fueron todas ellas un obstáculo enorme. En efecto, en lo que se refiere a las bestias, eran malísimas y, aunque algunos amigos hubieran querido darnos otras gratis, no les dejaban que nos las dieran. Si miras las mantas que servían de montura, éstas no sólo producían risa, sino también compasión. Si hablo de la comida, era escasísima y mal cocinada. La bebida consistía exclusivamente en agua. Si hablo por fin del tiempo, debíamos andar de día y de noche; y las veces que los padres apenas aguantaban ya la inclemencia del sol, tenían la mayoría de la veces como albergue el tugurio de pobres posadas, o el mismo suelo

bajo el cielo, lleno de escorpiones; y si en alguna ocasión llegábamos a una casa digna, en absoluto se permitía al dueño de ella hablar con nosotros, ni a nosotros con él. Es más, ni siquiera estaba permitido preguntar a los propios acompañantes o ayudantes del viaje, aumentando cada vez más el reparo indiscreto y la tímida indiscreción del que nos conducía, de manera a los padres –haya perdón para esta verdad– que se quedaban atrás por necesidad los reprimía; si se adelantaban, los reprendía; si se separaban, los observaba cuidadosamente en todas partes.

Cuando llegamos a Tepique, que es la primera aldea de Guadalajara viniendo de dicho puerto, nos fueron asignados, además de los cuatro soldados que nos acompañaban, otros que vigilaban al lado nuestro y que a nadie permitían el acceso a nosotros salvo a los oficiales del rey. Los padres franciscanos reformados de San Pedro de Alcántara consiguieron al menos poder saludarnos; así pudimos darles breves noticias sobre California. De la aldea de Tepique seguimos camino, el día de la ceniza, hacia Guadalajara, donde está la sede episcopal y el tribunal supremo. Una vez que el Vicevisitador nombrado por el Visitador de todo el reino, el Señor Galves, fue informado de nuestra llegada, pudimos apartarnos fuera de la ciudad en una finca en otro tiempo nuestra, donde, fuimos recibidos amablemente, más de lo que esperábamos, por dicho Señor y fuimos recuperados y generosamente reanimados durante cuatro días por varios amigos de la Compañía.

Entre otros lugares que pasamos merecen en primer lugar sin duda nuestro recuerdo la ciudad de Jerez y la aldea de hilcas por la extraordinaria acogida que nos hicieron. Era, en efecto, tal la aglomeración de gente y la alegría mezclada con dolor por ver de nuevo a los jesuitas, que, a pesar de la prohibición, rivalizaban en ser los primeros en ofrecer e incluso en dar regalos. Las monjas, sobre todo, no descansaron hasta que, al día siguiente, repartidos por varios conventos de ellas, celebramos la misa; para lo cual nos fueron proporcionados incluso varios carros por los nobles de la ciudad. Los padres directores espirituales de aquellos conventos nos contaron que las monjas habían hecho tantos y tan duros sacrificios por nuestra vuelta que la salud de muchas de ellas hubiera peligrado, si no hubieran cedido al final a los discretos consejos que se les daban. Con no menos generosidad fuimos recibidos en la aldea de hilcas, ya que de su afecto hacia nosotros dieron testimonio no sólo con lágrimas, sino dándonos muchos honores y dones. Entre otros, recordaré sólo dos: el primero fue que nos ofrecieron las camas mejores que tenían; el segundo, de no menos importancia, fue que nos llevaron con sus carros hasta Salamanca (se trata de una aldea), en compañía grata de los padres franciscanos.

Al salir de allí esperábamos ver México; pero no nos fue permitido entrar en la ciudad; se nos ordenó apartarnos hacia otra aldea (en lengua mexicana se llama Quauxtitlan), donde permanecemos dos días. Pero tampoco allí faltó la caridad cristiana. En efecto, dos ricos españoles, tras obtener permiso del Virrey, nos visitaron y nos dieron vestidos de paño y de lino y también una generosa limosna. Fue enviado también otro delegado por el propio Virrey para pedirnos noticias exactas sobre California y sobre su actual estado; pero ¿de qué iba a servir dar una genuina y sincera descripción de la situación, cuando la envidia y la rivalidad habían propalado todo lo contrario? De todas formas, dimos nuestras noticias.

Al tercer día de nuestra llegada, nos dirigimos a Xalapa, llevados no ya en caballos sino en carros. Es Xalapa una aldea célebre más por su comercio que por su nobleza. Llevados desde allí al convento de los padres franciscanos, descansamos sólo un día y medio; no pudimos conseguir, en efecto, de nuestro Comisario, el noble señor Campo, que se nos permitiera quedarnos hasta el día siguiente que era la festividad de la Anunciación de la Virgen; por ello incluso nos vimos obligados a quedar privados del solaz de la sacrosanta misa.

Finalmente, consumidos en este viaje cuarenta y cuatro días, el día veinticinco de Marzo, día que coincidió con el domingo de palmas, alrededor de las nueve, llegamos de nuevo, con Cristo, nuestro guía, a la ciudad llamada Vera Cruz y entramos en ella rodeados de soldados, no sin gran consuelo para nosotros, ya que se nos concedió en este día la gracia, a nosotros de contemplar, a otros de celebrar al menos el recuerdo tenue de triunfo de Cristo.

CAPÍTULO IX

*Providencia de los oficiales del rey hacia los padres.
Terremoto y otras cosas que sucedieron hasta el embarque.*

En esta ciudad de nuevo se nos dio como cobijo el convento de los padres franciscanos; en él nos esperaba un nuevo grupo de soldados, que ocuparon incluso las partes altas del sitio. Se prohibió también a los seglares que hablaran con nosotros y a nosotros que celebráramos en la iglesia llegado ya el día. Tenemos ciertamente gran deuda con aquellos reverendos padres por el honor que nos hicieron y por su sincero deseo de remediar nuestros males. Pero estamos no poco obligados también con aquellos que debieron custodiarnos, ya que nos dieron frecuentes ocasiones para ejercitar nuestra

paciencia y para hacer más méritos ante Dios. No faltaron sin embargo de la ciudad (entre ellos merece ocupar el primer lugar el noble señor Bussillos) no faltaron, digo, quienes ocultamente o con el permiso, al menos tácito, del Gobernador nos visitaron y nos dieron generosamente diferentes cosas necesarias para el viaje.

Entre tanto, mientras se preparaba el barco, el día cuatro de Abril, tras las seis y veinte de la mañana, tembló la tierra toda durante siete minutos de tal manera que la gente se asustó mucho por todas partes y, abandonando las iglesias y las casas, postrados en las plazas imploraban la clemencia divina en medio de grandes llantos; en medio del terremoto, muchos daban voces diciendo que el cielo se vengaba por la expulsión de los jesuitas. Tenemos alguna noticia de los daños que causó este terremoto en aquel reino; entre ellos, algunas casas dañadas o derruidas, bajo cuyas ruinas igualmente fueron sepultadas algunas personas; pero no pudimos conseguir un relato totalmente particularizado porque tuvimos que embarcar enseguida.

Alumbró finalmente el trece de Abril, día en el que después de la comida, tras adorar la Eucaristía, fuimos llevados a la nave, ante la presencia de un numeroso gentío en el muelle, que lloraba no tanto nuestra suerte como la suya. Y para que no nos faltara una nueva causa de dolor y de paciencia, además de los nueve soldados, fueron enviados a la Havana, al destierro, junto con nosotros, cuarenta reos (entre los cuales estaban muchos de los citados indios), de forma que de nosotros se podía decir aquello de “fueron contados entre los malvados”.

CAPÍTULO X

Segundo viaje en barco: y peligros y otros hechos hasta llegar a la Havana.

El barco, llamado Santa Ana, no era sino de mediana capacidad y, aunque parecía fuerte, cuando llegamos a la Havana dejó a la vista su podredumbre. En efecto, todo su fondo estaba podrido, hasta el punto de que los propios oficiales del rey dijeron que incluso en esto la providencia divina había brillado especialmente para nosotros, ya que nos libró de un evidente peligro de naufragio. Y brilló ciertamente muy mucho, porque, si bien debía haber entrado, a causa de la podredumbre, mucha agua en la nave, como suele ocurrir por lo demás, no sólo no entró apenas agua, sino que aguantó firmemente los tempestuosos vientos y mares que sufrimos durante casi todo el viaje, hasta que nos llevó sanos e incólumes a tierra.

Por lo demás, aunque, exceptuados dos días, el resto de la travesía tuvimos constantemente vientos siempre contrarios y tempestuosos, no afrontamos ningún otro peligro de vida o de naufragio, que aquel que, como dije, nos amenazaba por la oculta podredumbre de la nave. De esta manera protege siempre Dios a los que ha puesto en su piedad.

En lo que respecta a las incomodidades de la nave, son muchas y mi pluma apenas puede exponerlas. Y es que las más grandes comodidades de los marineros puedes creer con toda seguridad que para nosotros fueron incomodidades. Aunque leyeras u oyeras que se nos ofrecían en el mar alimentos, aunque muy pocas veces sabrosos, y que se levantaba una opípara mesa, dime: ¿de qué sirve eso, si a causa de la indisposición del estómago o a causa del mareo no podíamos disfrutar de ello? ¿De qué sirve si pensabas de día y de noche que estabas en constante peligro de muerte? ¿Qué consuelo puedes recibir de todas las comodidades, incluso de la comodidad de una nave bien pertrechada, si nadie puede descansar de día ni de noche sin miedo a la muerte a causa de un mar agitado por los vientos, ni tomar tranquilo alimento ni bebida? No voy a decir que muchas veces sucedió que no teníamos agua o que, si la teníamos, estaba tan podrida que no podíamos beberla sino tapándonos las narices. Nada diré de la carne ni del pan, a veces tan podridos, que los gusanos salían de ellos. Nada diré de la estrechez de los camastros, en los que apenas cabía un hombre o en los, y esto es cierto, no podías estirar los pies. Tampoco voy a hablar mejor de las camas en las que muchas veces, por la inclemencia del mar, teníamos que pasar, tumbados entre tinieblas, no sólo las noches sino también los días. Nada voy a decir ya sobre los piojos y otros animalejos que poblaban las camas y vestidos, ni sobre los ratones que abundaban en la nave, los cuales paseaban por las noches por las manos y caras de los que dormían. Si el prudente lector piensa en todo ello, no habrá ninguno, estoy seguro, que espere alguna comodidad en una nave así. A ello se añadía la insaciable avaricia de algunos marineros, los cuales, para llenar sus alforjas, consumían algunas veces con miseria y escasez a los navegantes, incluso a los más honrados. Confieso que yo no tuve esa mala suerte; pero hubo otros padres que, en otras travesías, perdieron la salud, e incluso la vida, exhaustos por el hambre, la sed y la necesidad.

Y aunque lo que digo es cierto, hay sin embargo miles de hombres que consagran por estos mares todos los días de su vida a la fortuna, a la ambición y a la avaricia y, lo que es más de admirar, viven de forma que pensarías que nunca van a morir. Son en efecto esos que, aunque viven entre continuos peligros, se han olvidado de su alma de tal forma que parece que hubiesen recibido del cielo la seguridad de su salvación; son también esos que cometen tantos y tan grandes crímenes en los mares, que se diría que en tierra no se pueden

cometer ni más ni más grandes; y, sin embargo, la gente de esta calaña apenas piensa nunca en su salvación; y mucho menos piensan en la confesión, salvo cuando empiezan a tragar, juntamente con el agua, el peligro de la muerte. En nuestra travesía había uno de este tipo, el cual, aunque pocos meses antes a duras penas escapó de un naufragio y aunque decía públicamente que tenía mucha necesidad de confesarse, a pesar de estos poderosos motivos y a pesar de ser apremiado con reiteradas exhortaciones por diferentes padres, no pudo sin embargo ser convencido para que expulsara el veneno de su alma; iba dejando la confesión de un día para otro hasta que, perdida ya esta ocasión, ya no pudo prestársele este sacramento.

CAPÍTULO XI

Llegada de los padres a la Havana; providencia del gobernador en relación con nosotros y las cosas que allí sufrimos.

Empleados, pues, veinticuatro días en la travesía, el cinco de Mayo llegamos a la Havana (esta ciudad recibió su nombre de aquella isla, y en ella hay un famoso fuerte, asaltado por los ingleses en la última guerra).

Apenas habíamos echado el ancla en aquel puerto cuando llegaron unos oficiales enviados por el señor gobernador, Francisco Antonio Buccarelli y Ursua, los cuales nos llevaron, no al antiguo colegio nuestro de la ciudad (pues no había sitio en este centro), sino una finca de las afueras, cercana a un pequeño templo de la bienaventurada Virgen, llamado del Rey. Pero antes de bajar desde el barco a la pequeña barcaza preparada para nosotros, fuimos contados como las ovejas cuando vuelven del prado. Y cuando llegamos a la citada mansión, nos esperaban alrededor de veintiséis soldados con “ficos”, con las escopetas al hombro, los cuales ocupaban uno y otro lado de la casa hasta la puerta. Encerrados allí estuvimos hasta el dieciocho de Mayo. Era una casa bastante grande y dotada de muchas habitaciones. El atrio estaba rodeado de pilones. Desde una parte se veía la ciudad de la Havana y el puerto; desde la otra, el citado templo y algunas casas en un monte cercano. Un muy noble oficial militar estaba al frente de aquella cárcel nuestra. Carne de vaca fue allí nuestro alimento flojo y malo. Nunca se nos permitió salir de la casa, ni siquiera al monte cercano; ni hablar con nadie, cosa que tenían incluso prohibida los soldados, que, en número de siete, se apostaban día y noche en todos los ángulos de la casa. Cuando venía el barbero, uno de los soldados se colocaba en la propia habitación en la que nos atendía, y él, si algún padre le hablaba, ya por hablar, ya para probar, sólo

respondía con un gesto. Los criados que nos servían eran dos esclavos que no pronunciaban ni una sola palabra en español. Y cuando éstos iban a entrar en el atrio, eran obligados a quitarse sus vestidos e incluso las propias sandalias, no fuera a ser que alguno de ellos llevara alguna carta. Aquel atrio sólo se abría en el momento de la comida o de la cena y siempre permanecía un oficial militar sentado a la puerta; terminada la cena o la comida, aquel oficial se llevaba consigo la llave. Sólo se nos permitía un solaz: decir misa; el que quisiera celebrarla, de forma extraordinaria, o bien debía levantarse a media noche o tenía que esperar a cerca de mediodía.

Al día siguiente de la llegada, fueron enviados otros oficiales por el Gobernador, los cuales, abriendo nuestras maletas, examinando todo lo que en ellas guardábamos, se llevaron cartas, todos los manuscritos recogidos por los padres a lo largo de muchos años, incluso los libros, sin exceptuar la Sagrada Biblia ni las Reglas; hasta el punto de que no nos hubiera quedado ningún libro salvo el Breviario, si no hubiera sido porque la solícita providencia de los padres había escondido de antemano algunos para al menos la meditación y la lectura sagrada.

Esto ciertamente no era parte del Decreto del rey Católico, sino impío negocio de particulares; y ello fue tanto más sensible para los padres por cuanto se vieron privados no sólo de sus armas de religiosos, sino de las armas permitidas a cualquier cristiano. Y es que ¿qué soldado, al que amenazan muchos enemigos, no es sensible a la pérdida de sus propias armas?

El día 16 de Mayo, festividad de San Joaquín Nepomuceno, conseguimos al fin, tras muchas preces, esto del oficial jefe: que cantáramos una misa solemne, privadamente es cierto, en nuestro pequeño templo, lo cual nos lo concedió, creo, más por miedo al santo que por velar por nuestra fama.

CAPÍTULO XII

Navegan de nuevo los padres y marchan a España

Entre tanto se fleta una nave en el puerto y a los padres se les ordena que estén preparados para el viaje. Pero antes de bajar al puerto, convocados de nuevo todos, se nos leyó el decreto real con la sentencia de destierro perpetuo; sin duda lo hicieron para reabrir unas cicatrices que teníamos impresas desde hacía ya tiempo. Una vez oído el decreto, subidos a la barcaza llegamos a la nave; embarcados y contados de nuevo como soldados (pero de Cristo), despedimos a los oficiales reales que nos conducían.

El diecinueve de Mayo, levantadas hacia el mediodía las anclas, con viento favorable, aquel puerto y aquella ciudad desaparecieron poco a poco de nuestra vista.

La nave estaba consagrada a San Joaquín; era más grande que la otra y por ello más cómoda. El capitán de la misma era el señor Joaquín de la Cruz, comerciante, hombre muy afín a nosotros, como lo era también el anterior, el que nos trajo desde el puerto de Vera Cruz hasta la Havana. Pero no parecían ser así los demás marineros, aunque no todos; los cuales no parecían ni respetarnos, en primer lugar, como sacerdotes, ni querer mirarnos con buenos ojos; y es que cuando se pierde la fama, aunque se pierda sin culpa, ello tiene tanta repercusión que incluso a la dignidad sacerdotal y al ministerio del sacerdocio se les pierde el respeto.

Pero cuando pasaron unos días con nosotros y vieron nuestra forma de vida, y oyeron además las exhortaciones y sermones de los padres, no sólo se condolieron con nosotros, sino que empezaron incluso a venerarnos. No hay más eficaz refutación de la calumnia que la profesión pública de vida religiosa.

Y para que no nos faltara la ayuda divina en este largo y peligroso viaje, celebramos varias novenas para implorar esa ayuda divina. Celebramos además, los días que el mar lo permitía, dos o tres misas. Todos los que viajaban con nosotros, a excepción de tres o cuatro, tras ocho días de misión, aceptaron una celebración sagrada conjunta.

Me sería muy pesado contar qué sucedió y qué viento sopló cada uno de los días. Pero no debo dejar en el silencio el día diez de Junio, en el que estuvimos expuestos casi a un inminente naufragio. En efecto, se levantó una tempestad de aire y agua tan furiosa que parecía que el mar se iba a tragar de un momento a otro la nave; la tempestad duró todo el día siguiente.

Otro peligro que nos amenazó fue la rotura, tres veces, de la sogá del timón; si esa rotura se hubiera producido en un momento de tempestad, hubiéramos estado cerca de naufragar, si es que no nos hubiéramos hundido totalmente.

En los últimos días se acercaron a nosotros dos naves africanas (según decían todos) con dos barcas portuguesas, las cuales nos aterrorizaron cerca ya de las costas de Portugal. Sucede en efecto con frecuencia que esas costas están infestadas por continuos ataques de africanos.

A ese grupo de corsarios pertenecían esas naves citadas, como nos contaron al día siguiente los pescadores de dos barcas, a las cuales habían también perseguido largo rato lanzado diez o quince cañonazos contra ellas. Y estos pescadores, para buscarse el sustento, caen muchas veces en las redes de los moros, los cuales los llevan a Trípoli o a Argelia y allí los someten a

esclavitud. Pues bien, para que a nosotros no nos pasara eso, a cada uno, incluso a los viajeros y a los padres, se les asignó un lugar y se distribuyeron armas, entre las que había escopetas, espadas y lanzas.

Pensaba yo, y también otros, que nos defenderíamos mejor y con más seguridad, si cogíamos escopetas; y así lo hicimos; aquellas naves hostiles ya se acercaban, parecían ya estar viniendo a toda prisa hasta nuestra popa; pero nosotros, sin asustarnos, o al menos disimulando el miedo, desplegamos más velas, cargamos los cañones, y esperamos así el asalto. ¿Quién, armado como nosotros estábamos armados, iba a temer a cualquier enemigo? Pero plugo a Dios apartar también de nosotros este peligro. En efecto, aquellas naves africanas – más por suerte que porque hubiera motivo para ello – sospecharon de nuestro aparato de guerra y de nuestra valentía y empezaron a cambiar de pronto las velas y proseguir su camino hacia África; no lo hubieran hecho, si hubieran podido contemplar el vigor bélico de nuestros ánimos o nuestras propias armas.

Pero a nosotros nos vino muy bien que retrocedieran antes probar su experiencia. Y es que la verdad es que, si exceptuamos los cañones, que eran dieciséis, con el resto de las armas no hubiéramos podido matar una pulga, mucho menos tumbar a un moro, cosa que quedó clara al día siguiente, cuando el miedo dio paso a la risa, es decir cuando comprobamos que nuestras escopetas estaban tan oxidadas que, a la hora de hacer las salvas a la bienaventurada Virgen, llamada de Regla, no pudimos disparar sino arrimando fuego. Es en efecto costumbre de España, muy devota del culto a la madre de Dios, cuando las naves vuelven de Indias, al avistar este santuario, lanzar salvas con todas las armas que tienen.

Ya era el ocho de Julio cuando por fin, tras cincuenta días, con la ayuda de Dios, llegamos felices al puerto de Cádiz y entramos en él al atardecer, sanos y salvos todos. Al día siguiente – nueve de Julio – dejando la nave, nos trasladaron al Puerto de Santa María, que dista de Cádiz dos horas, y dimos así fin a nuestro viaje americano.

CAPÍTULO XIII

*Separación de los padres en esta ciudad
y otras cosas que sucedieron hasta el 17 de Marzo.*

Había en esta ciudad ya un centenar de padres jesuitas que esperaban su traslado a Italia; habían venido casi de todas las provincias de una y otra América y estaban distribuidos en varios conventos de religiosos o casas de

seglares. Los mexicanos ocupaban la casa llamada de la caridad. A allí fuimos llevados en un primer momento; pero terminada la comida, se presentó un oficial del rey que nos separó de nuestros queridos compañeros de viaje y nos llevó a un convento de padres franciscanos de la Observancia. Los compañeros de los que nos separaron eran los padres jesuitas españoles que, en número de siete, juntamente con un hermano coadjutor, habían cultivado la viña del Señor con nosotros en California.

Es increíble ciertamente el dolor que esta separación supuso para los buenos padres y cuántas lágrimas se derramaron de una y otra parte; y es que los alemanes eran otros tantos. Algunos de ellos no sólo lloraron, sino que lanzaron profundos quejidos, de manera que nos despidieron no ya con palabras, sino sólo con suspiros.

Así pues, sin pronunciar palabras, dándonos tiernos abrazos, separados de nuestros hermanos queridos y compañeros en el trabajo durante muchos años, nos dirigimos al citado convento, donde encontramos a otros jesuitas, sardos, italianos y alemanes, con los cuales vivimos ocho meses y siete días, distribuidos por el Superior en diferentes habitaciones de la casa.

La incomodidad que soportamos nosotros y todos los buenos padres jesuitas la conoce aquel que lo descubrirá todo en el último día. Nos vimos, en efecto, obligados a cohabitar juntos, aunque separados, cuatro, ocho y hasta doce en camastros tirados en el suelo de estrechas habitaciones, sin otro utensilio que el que cabía en nuestras bolsas. No se nos permitía salir de la casa. Sólo se nos concedió un único consuelo: permiso para participar en el templo en la liturgia diaria. Y es que esto les había incluso sido negado a nuestros antecesores.

Pero, como aquello que afecta al cuerpo tiene menos importancia que lo que afecta al alma, ¿quién puede dudar de que el dolor que nos afligía por dentro era mucho mayor que el de fuera? O ¿qué religioso no siente más las injurias que le hacen a Dios que las que hacen a su persona o a su orden? Esto es lo que nos sucedió entonces a nosotros: ver con nuestros propios ojos cómo el nombre santísimo de Jesús, que estaba grabado en las puertas del Hospicio, fue arrancado de la pared y totalmente destruido.

No menos dolor produjo a los padres de aquella casa el verse privados del santísimo sacramento que guardaban para consuelo suyo. Y ¿qué decir de nuestros novicios? Lo que con ellos se hizo sirvió de gran escándalo no sólo a nosotros, a quienes nos produjo gran dolor, sino a todos los católicos e incluso a los no católicos. Éstos, en efecto, en virtud del decreto real, que se les había leído en América, podían, si querían, seguir en la Compañía, con sólo

esta condición: que no disfrutarían, como los demás, del vitalicio. Confiados en esta esperanza, navegaron con los padres a España.

Pero en cuanto llegaron, separados inmediatamente de los padres y privados de su magisterio, fueron repartidos por diferentes conventos, donde fueron tentados insistentemente durante muchos meses por aquellos incluso a los que debería dar vergüenza y fueron empujados, con amenazas y promesas, a dejar la Compañía. Hubo incluso quien les negó la absolución por no querer dejar el estado religioso. Unos aseguraban que hacían esto como humanos que eran; otros decían que se veían obligados por la fuerza de la ley natural; otros, en fin, les amenazaban con la propia muerte.

Así nos lo contaron los novicios. Exceptuados algunos que no pudieron o no se atrevieron a resistir tanta violencia, hubo veintiséis que permanecieron firmes; éstos fueron despojados violentamente de sus vestiduras religiosas y condenados a perpetuo destierro, con pena incluso de muerte, si volvían sin licencia. Se le dio el plazo de tres meses, dentro del cual, si no salían del reino, serían sometidos a durísimas penas. ¿A dónde iban a ir aquellos desgraciados? A su patria no se les permitía volver; posibilidad de ir a Italia no había.

Pero no falló la Providencia divina. La serenísima duquesa de Borgia los recogió a todos y, a expensas suyas, los llevó a una casa, donde los alimentó generosamente hasta su salida. Advierto también que, excepto uno o dos, todos los demás habían hecho ya votos sencillos. Los padres provinciales, en efecto, les habían tomado esos votos puesto que ya habían cumplido el tiempo de prueba. Entre tanto, otros benefactores prepararon una nave para ellos, en la cual, provistos de todo lo necesario, dotados incluso con buenas limosnas, prosiguieron su viaje hacia Roma. Pero mientras llegaba el día fijado para el viaje, pasando los días de acuerdo con la Regla, reanimados en nuestro convento por la sagrada Eucaristía, dejaron admirable ejemplo de religiosa modestia y de virtudes.

Sucedió en ese tiempo otro caso que produjo no poca tristeza a los padres. En efecto, cinco padres jesuitas (cuatro que estaban en nuestro convento y uno que estaba en el convento de los padres agustinos) fueron llamados de pronto el día antes de la festividad de la Epifanía y fueron trasladados a otro claustro de los padres franciscanos. Aquellos padres eran: Juan Nepomuceno Erlache e Ignacio Friz, de la provincia de Bohemia; el padre Melchor Strasser y el padre Francisco Javier Disling, de la Germania Superior; y el padre Miguel Meyer, de la Renania Superior, los cuales habían trabajado durante más de veinte años en la provincia Chilca, es decir, en las islas Chilcas. Ignoramos el delito del que fueron acusados; pero la fama decía que habían querido entregar la isla Chilca a los ingleses, lo cual era tan falso – los amigos de la verdad

lo saben – como falso es que los californios tenían comercio con los holandeses, ya que, durante más de treinta y seis años, no fue vista allí ninguna otra nave que la Filipina.

Y para que a los padres que quedaban en el Puerto de Santa María no les faltara un nuevo motivo de paciencia, de nuevo llegó de la corte un oficial que nos recordó el decreto de nuestro destierro, con un añadido: que los padres que volvieran a España sin permiso, serían castigados con penas de cárcel según el arbitrio del Ordinario, y que los laicos que intentaren esto mismo, serían condenados al patíbulo. Pero no se asustaron ante estas amenazas los padres, los cuales habían hecho votos de afrontar, por la Compañía, incluso la propia muerte.

Pero no fue esa la voluntad de Dios; plugo más bien a la divina bondad librarnos de esa preciosa cárcel y regalarnos la libertad. En efecto, cuando menos lo esperábamos, obtuvimos permiso de la corte para que los padres alemanes que quisieran pudieran volver cada uno a su provincia por el camino que lleva a Ostende; los demás serían enviados a Italia. Debemos este favor, después de a Dios, especialmente al muy ilustre señor cónsul austriaco, el cual, compadecido de nosotros, solicitó y consiguió graciosamente este permiso de la corte a través del excelentísimo señor conde de ¿...redo?, embajador entonces en Austria.

Se reunieron pues diecinueve padres que aceptaron esta gracia del rey, para los cuales se preparó una nave holandesa en nombre del Rey, en la que embarcamos el día 16 de Marzo, desplegando velas el 19 del mismo mes, que es la festividad de San José. Plugo al piadoso rey católico asignar a cada padre, para el viaje, setenta táleros españoles, los cuales recibimos, agradecidos para siempre, el día antes de la salida. Pero faltó poco para que nuestra esperanza muriera en el propio puerto de Cádiz; así hubiera sido si, tras tres días de tempestad del Atlántico, no hubiéramos podido finalmente soltar anclas y lanzarnos a alta mar el citado día 19.

Y es que, al día siguiente, 20 de Marzo, llegó de Madrid un decreto real, en el que se ordenaba que se detuviera y se mantuviera bajo estrecha custodia a los padres californianos, de los que quedábamos todavía ocho. El delito que de nuevo se nos imputaba no lo conocíamos; lo que sí es cierto, sin embargo, es que, para nosotros, los que hicimos misión en California, nos sirvió y nos servirá siempre de gran consuelo no haber pecado ni contra el rey ni contra aquella gente. En este momento también nos ayudó el cielo y nos libró de aquel peligro de un nuevo encarcelamiento. En efecto, el día antes, como ya dije, el cielo nos envió viento favorable, que nos alejó de las costas y de los ojos de España.

CAPÍTULO XIV

Último viaje en barco

Pero para que no faltara ningún día sin marca, es decir, sin ocasión para sufrir, al principio el viento parecía sernos favorable; pero luego, cerca del fin de la costa portuguesa, empezaron a levantarse fortísimos vientos, de forma que durante veintiséis días (es el tiempo que empleamos en esta última travesía) los tuvimos la mayoría de las veces contrarios o tempestuosos; una vez incluso se rompió, por la fuerza furiosa de los vientos, la vela mayor (trinquete la llaman los marineros) y el mástil (que llaman berga) roto cayó sobre nosotros produciéndonos no poco terror. Pero Dios siempre nos ayudó hasta el 13 de Abril de 1769. Ese día vimos alegres el puerto de Ostende, en total catorce padres y cinco hermanos.

Este puerto es más famoso por la ciudad que por su naturaleza y está sometido a dominio austriaco; en él fuimos recibidos delicadamente por el Gobernador de aquella ciudad, a pesar de que no era católico. Allí estuvimos dos días, hasta que dispusimos lo necesario para el viaje por tierra, que al fin continuamos felizmente por Bélgica y por sus principales ciudades. Parecía que el pueblo anunciaba por todas partes nuestra llegada con trompetas desde las torres; tanta era la curiosidad de todos, que, si los padres del Colegio de Briga y de Gandavio no nos hubieran proporcionado carros, a duras penas, y ni siquiera a duras penas, habríamos podido entrar en la ciudad a causa de la aglomeración de gente; hasta tal punto se nos permitió apropiarnos del dicho del Apóstol “Nos hemos convertido en un espectáculo”; espectáculo, si no para los ángeles, sí para los hombres, y espectáculo no sé si de admiración o de compasión; creo que de ambas cosas. La causa la dejo para la interpretación del lector, al que sólo le pido esto: que juntamente conmigo dé gracias al Dios bueno y grande, porque nos llamó a la Sociedad de su Hijo; es más, nos permitió beber, aunque módicamente, del cáliz de su pasión; ¡Ojala nos hubiera permitido beberlo entero! Finalmente pido encarecidamente a todos que, acordándose de los pobres indios nuestros, no dejen de implorar por ellos, con sus sagradas oraciones y sacrificios, la misericordia divina, para que Dios se digne mantenerlos en su santa religión y robustecerlos en la fe, con el fin de que no se pierda tanto esfuerzo y sudor de trabajadores de su viña, sino que, juntamente con nosotros, reciban la gloria eterna de los bienaventurados.